

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 25 DE NOVIEMBRE DE 1912

NÚM. 1.613

BARCELONA.—SALÓN PARÉS

La exposición que ha presentado el distinguido artista Eliseo Meifrén, constituida por más de cincuenta cuadros, sorprende y maravilla. El Salón Parés contiene una exhibición variada de producciones que si no existieran precedentes causarían sorpresa, pero la rapidez de su copiosa labor es una de las notas características de la personalidad de Meifrén. A parte de su facilidad productiva, hija de su maestría, de ella es también resultado el estudio que representa cada obra, puesto que todas ellas revelan la facultad perceptiva del artista para trasladar al lienzo el asunto que la naturaleza le ofrece, sin rebuscamientos ni artificios,

presentada con facilidad, mostrándola en su aspecto bello y agradable o con todo el aspecto de su severa grandeza. Así vemos algunos cuadros representando encantadores jardines, de caracteres y matices variados, huyendo de los macizos uniformes, de bien observados contrastes; la agreste costa, los pueblos costeros bañadas sus casas por el mar, y cuantas modalidades ostenta la naturaleza para aumentar todos sus encantos. Meifrén se ha presentado con su factura amplia, espontánea y franca, ajustada a sus condiciones de carácter, puesto que sus pinceladas ponen de manifiesto al artista, que merece nuestros sinceros aplausos.



El pintor Eliseo Meifrén en el Salón Parés, en donde ha expuesto una notabilísima colección de sus cuadros

(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

SUMARIO

Texto.—Las grandes escritoras modernas. Gabriella Preissova, por Angel Guerra. — El Lubán, por Vicente Díez de Tejada. — La guerra en los Balkanes. — Torredembarra. Homenaje a la memoria de D. Juan Mañé y Flaquer. — Un nuevo monumento a Bismarck. — El general mexicano don Félix Díaz. — Matrimonio secreto (novela ilustrada; continuación). — El cultivo de la chufa en la huerta de Valencia. — El tratado franco español relativo a Marruecos. — Barcelona. Exposiciones de Bellas Artes.

Grabados.—El pintor Eliseo Meifrén. — Gabriella Preissova. — Dibujo de Carreres, ilustración a El Lubán. — El Excmo. Sr. Conde de Romanones. — El Excmo. Sr. D. Segismundo Moret. — El gobierno presidido por el conde de Romanones. — La guerra en los Balkanes (nueve fotografías). — Coquetaría, cuadro de Román Ribera. — ¿Vendrá?, cuadro de Francisco Masriera. — Torredembarra. Homenaje a la memoria de Mañé y Flaquer. — Torre monumental erigida a la memoria de Bismarck, obra de G. Wickop. — El general mexicano D. Félix Díaz. — El cultivo de la chufa en Valencia (cuatro fotografías). — El embajador de Francia Sr. Geoffroy. — Mapa de la nueva influencia española en el Norte de Marruecos. — El pintor Ramón Pichot y el escultor Enrique Casanovas con algunas de sus obras. — San Francisco hablando con el lobo, cuadro de Marqués y Puig.

LAS GRANDES ESCRITORAS MODERNAS

GABRIELLA PREISSOVA

Bohemia cuenta con una literatura nueva, todavía en formación. Ella se ha iniciado al mismo tiempo que se iniciaba el movimiento político en el país con propósito de afirmar la nacionalidad checa. Por eso se ha desenvuelto tan rápidamente, y es que contiene todas las aspiraciones de una raza que pretende conservar sus caracteres históricos y de un pueblo que, manteniendo sus tradiciones y sus costumbres, quiere sobrevivir, resistiendo al conquistador espíritu alemán que domina en Austria.

En Bohemia, la raza eslava, lucha con rebeldía idéntica a la de los magyares en Hungría. Las letras, en esos dos países, expresión del movimiento social y político, adquieren un valor extraordinario. No son regionales, como la lírica provenzal en Francia y las canciones célticas del País de Gales en Inglaterra. La literatura en Bohemia tiene un carácter profundamente nacional. Procura arraigar en el solar y en el espíritu de la raza. La literatura checa tiene mucho de apostolado. Sus escritores de más renombre, poetas, dramaturgos y novelistas, han tenido mucho de héroes y de mártires. Han sufrido persecuciones, encarcelamientos, pero, a pesar de tantas y tan amargas vicisitudes, han logrado reconstruir, sobre los viejos cimientos históricos en ruina, por lo menos una nueva patria espiritual. No es esta una imagen sugerida al leve correr de la pluma. Es un hecho real. La patria checa hay que buscarla, porque en ella está encerrada, en la literatura indígena que se ha producido en Bohemia en el espacio menor de cien años. Ella, al mismo tiempo que señala una evolución artística a través de sus diversos períodos, indica también el desenvolvimiento de esa patria, primero algo ideal, imprecisa, formulada por recuerdos históricos y por aspiraciones vagas a un porvenir de redención; luego, ya en estos últimos tiempos, encarnada, con larga e intensa vitalidad, en el alma del pueblo, concretada ya, con existencia real indestructible.

«Salidos de la aurora romántica—escribe Saubert—hacia los paisajes de la leyenda, celebrando a veces la independencia del ciudadano, en ocasiones el deseo melancólico de los amantes, patrióticos y sentimentales, irónicos y sensuales, los poetas checos se cansaron pronto de la palabrería heroica y galante. Desde entonces celebraron los mismos héroes y los mismos paisajes, henchidos de la embriaguez primitiva, pero ya bajo una forma más concisa, con un más grande cuidado de la exactitud decorativa... Los poetas, hastiados de los cenáculos y de las escuelas, se consagraron a cantar con alma libre, a tenor de un arte severo y sencillo, conforme al espíritu de su raza, activa y enamorada de la vida.»

Después de la floración poética, fenómeno que es idéntico en todas las literaturas, el alma de la raza eslava en Bohemia necesitó recurrir a otros géneros literarios, como el drama y la novela, que pudieran, con mayor extensión y más intensamente, reflejar toda la psicología y el colorido, toda la vida del pueblo checo. La literatura era para los propagadores del nacionalismo en auge, el solo medio expresivo para revelar, y también para perpetuar, toda el alma nacional.

En esta obra literaria y a la vez patriótica, pusie-

ron todos sus esfuerzos los grandes escritores. Pero, a ella contribuyeron también las grandes escritoras. Porque, en Bohemia, se da el caso singular de que acaso sean más las unas que los otros. Además, las escritoras han dado pruebas de un gran temple combativo con la pluma. Ayer como hoy, puede decirse que ellas son las que mantienen vivo el fuego sagrado del nacionalismo checo militante.

Con razón escribió Juliette Adam:

«Yo he procurado indagar de dónde procedía ese valor de la mujer checa en todos los actos de su



Gabriella Preissova

vida y mi vieja afición a la mitología me lo ha descubierta. Como Grecia, Bohemia tiene sus amazonas; como Atenas fué la ciudad de Atenea, sabia entre todas las diosas, Sejbucha, que personifica la justicia, fundó Praga y predijo que su renombre llegaría un día hasta los astros.

»Praga, como Atenas, tiene un encanto femenino que los siglos no han podido borrar. Se la admira como una de las más seductoras ciudades del mundo y se la quiere por un «no sé qué» que atrae y retiene.

»Ese «no sé qué», además, se encuentra en la gracia del checo, gracia que no está reñida con la tenaz fidelidad al que ama.

»Hoy día, las mujeres de todos los países eslavos son valerosas entre las valerosas y sólo con ellas yo puedo estar en comunicación completa de sentimientos patrióticos, yo que, como ellas, nada he olvidado... Desde el renacimiento checo, desde hace cien años, las mujeres de Bohemia han revivido todo el pasado de su historia; ellas reviven los siglos que han precedido a su siglo, y la esperanza en el triunfo de las reivindicaciones checas contra los alemanes no ha sufrido un desfallecimiento.»

Entre las escritoras actuales ocupan los más altos lugares en las letras checas, disputándose la primacía, Eliska Krásnohorska y Gabriella Preissova. Pero, si no en talento, al menos por la fecundidad y magnificencia de su arte, esta última debe ser reconocida como superior. Eliska Krásnohorska es un poeta de alto valor, que ha dado también al teatro obras de singulares méritos; Gabriella Preissova es uno de los mejores cuentistas contemporáneos.

Gabriella Preissova ha sorprendido y ha reproducido magistralmente el vivir de la gente campesina. Sobre tanta miseria ella ha sabido, misericordiosa, tender una especie de niebla de lágrimas. A pesar de ser realista escrupulosa, y reproducir la existencia de aldea *d'après nature*, no ha trazado cuadros brutales como los de Zolá en *La Tierra*. Ella es más delicada y escribe con ese realismo pintoresco y poético en que fué maestro Daudet. Entre los escritores franceses que han descrito el mísero vivir de aldea, Gabriella Preissova puede ser comparada con Theuriet—dejando aparte en éste algunas sensiblerías empalagosas—y sobre todo con el admirable Jules Renard, el poeta de las gentes humildes cuyas minúsculas tristezas nos hizo profundamente sentir.

En la obra de Gabriella Preissova está todo el sabor de la tierra. Sus libros tienen la fragancia de un campo en flor, y consuelan con su placidez natural, como la grata sombra de un árbol, cerca de un regato cuyas aguas refrescan y aduermen con su murmurio, un día de sol.

Raras veces Gabriella Preissova llega a la nota trágica, por más que en el fondo de la vida rural,

obscura y dolorosa, hay siempre un sedimento de tragedia. Es siempre apacible, tierna y solamente deja escapar de toda su labor un hálito de inconsolable pero tranquila melancolía.

Sus cuentos son bocetos al temple; magníficas aguas-fuertes unos, con trazos firmes, con claro-oscuros maravillosos y otros acuarelas de tonos dulces, de colorido alegre, delicados y sorprendentes. En ellos refleja no sólo el carácter pintoresco en las costumbres del pueblo slovano que habita el rincón de Kuko Hora, donde la escritora naciera y ha residido, sino también la sentimentalidad de aquellas gentes campesinas. En el cuento describiendo las costumbres del país de Bohemia no la superan sus compatriotas Ignat Herrmann y Svato pluk Cech.

Muchos de los cuentos de Gabriella Preissova están traducidos al francés y al italiano. Uno de ellos, en francés, intitulado *Venez chez nous au printemps*, es sencillamente una maravilla. Pocas veces he leído nada más original, más delicado, más tierno. Es un idilio, que entraña un interno drama silencioso.

Figuraos un maestro de escuela joven, ensoñador, encerrado en las soledades de una aldea, Gorejov, compuesta de seis casas y algunos cortijos dispersos por esa montaña, y esa aldea enclavada en el valle de la Carinthia, «llena de la sombra de los bosques, de rocalla y de fuentecillas». Un día de lluvia, la escuela desierta, él sueña con el rumor de la ciudad distante que dejara. De pronto la puerta se abre, dando paso a una niña cubierta de nieve. Es Fruda Pogaenikova, una alumna de la montaña.

El maestro dice:

—El camino de la escuela es un gran sacrificio. No me extraña que, salvo usted, no haya venido nadie.

Y Fruda contestó:

—Mis padres no querían dejarme venir, y me he marchado contra su parecer; pero, querido maestro, está el camino que yo no lo quisiera para usted.

Desde estas primeras palabras cambiadas se presente todo el idilio.

Y la lección comienza. Mientras el maestro, ruborizado, haciéndose el severo, hace preguntas banales sobre historia y geografía, Fruda a su vez, por vía de contestación, le interroga acerca de cosas menudas. ¿Quién le ha bordado las pantuflas? ¡Ah!, ella le bordará otras más lindas. Y mientras el maestro finge indignarse con austeridad, la chica ríe ingenua.

El maestro escribe en el encerado, para que ella lo explique a su modo, escribiéndolo en un cuaderno de escritura, esta frase: «Describid el aspecto del campo en primavera, visto desde vuestra casa.» Y se marcha dejando sola a la alumna. Ésta escribe una página descriptiva verdaderamente hermosa, que termina de este modo:

«Así, pues, venid a nuestra casa en la primavera. Que sea en el momento en que el cielo es claro y como tejido de flores de lino y de gusanos de luz o cuando haga sombra; nosotros encenderemos hogueras en vuestro honor que alumbrarán desde lejos vuestro camino y nosotros cantaremos la más hermosa canción; luego veréis que no en vano os invito al más bello lugar.»

Después de firmarlo, ella aun pone de nuevo bajo su nombre: «Venid a nuestra casa en la primavera.»

De retorno el maestro lee el cuaderno.

—¿De verdad es tan hermosa la primavera en vuestra aldea?

Y la niña responde:

—Venid a mi casa, y la veréis.

La conversación se enreda. Trémulo, con cierta congoja, el maestro dice a la discípula que ya es grande y que por lo tanto debe renunciar a la escuela. El le dará libros para que se instruya, allá arriba, en las cumbres, y promete ir a verla.

Fruda se resigna, bajo una esperanza firme de que volverá a ver al maestro; toma la cartera con sus libros, recoge su sombrero y su mantelina todavía húmeda y se dispone a partir.

Al poner la mano sobre el picaporte para abrir «volvióse, y sobre sus mejillas apareció una sonrisa de fe viva, dichosa y segura.

»Y el maestro, pensativo, sonrió a esta separación sin palabras y sin adioses, como si la puerta de la escuela, cerrándose detrás de Fruda, hubiese guardado todavía un suspiro exquisito de su canción sin rimas.

»—¡Hasta la primavera!»

Ese solo cuento, como *Sol de la tarde* de la misma escritora, la admirable Gabriella Preissova, vale más que la obra entera de algunos novelistas de renombre.

ANGEL GUERRA.

EL-LUBÁN, POR VICENTE DíEZ DE TEJADA, dibujo de Carreres



—Pero ¿cómo?.. ¿No se conocen ustedes? ¡Válgame Dios, qué cabeza la mía! Vengan, vengan acá, que tendré sumo gusto en presentarlos...

El Lector: pacientísimo señor y dueño mío; galante como un hidalgo de la corte de los Felipes; bondadoso como un viejo cura de aldea, y pródigo y magnánimo como un Osuna...

Sidi-el Hadj El-Lubán (mi señor el Peregrino El-Lubán): prócer morisco, de alta alcurnia, emparentado con numerosas familias españolas, francesas, italianas..., desde remotísimos tiempos...

Y es extraño, lector mío, que no conociese ya antes de ahora a este viejo patriarca, padre de numerosa prole, alguno de cuyos descendientes son antiguos amigos tuyos; por ejemplo: El-Lobanillo y la Al Lubia, la Lupia y el Lupino—con barra de bastardía en su escudo, por haber cambiado la be en pe, prefiriendo una labial bárbara y fuerte, a una débil y aristocrática.—El Lóbulo, La Llupia y El Llubí—señores de la corte de el Conquistador D. Jaime; y algunos otros que por la ancha puerta de mi ignorancia se han escapado, poniéndose fuera del alcance de esta pecadora pluma mía.

No me negarás, lector amado, que en todos estos descendientes, bastardos o legítimos, persisten característicos y enérgicos los rasgos fisiognomónicos del fundador de la dinastía, que, según dicen, desciende de un griego llamado Bulto. Y si no, fijate un momento en Sidi-El-Lubán: parece una «esferilla de ámbar, de azabache o de vidrio, que se lleva pendiente del cuello para ahuyentar el mal de ojo...» Una cosa de mucha apariencia y de poco valor; tan poco, que habiéndose hallado en cierta ocasión un tal Pinhas (*Pinjas*, con hache aspirada) uno de estos lubanes en medio de la calle, creyólo un tesoro, alguna gema preciosa, cuando menos, viéndose obligado más tarde a cederlo por nada; con lo que cristalizó el hecho en una antigua frase ya casi desaparecida:

... un día presentóse en la aldea un hombre extranjero...

V. Carreres
12

«Fulano obtendrá por la venta de tal cosa..., lo que sacó Pinhas, del lubán.»

Lobanillo: *bultito*... redondo (redondo no: elipsoida, si no pasa lo de esférico).

Lupia: lobanillo (en catalán llupia).

Lupino (en catalán llubí): altramuz; perfectamente semejante, dentro de su vaina, al lobanillo cubierto por la piel...

La Alubia... Repite la palabra un par de veces; y no necesitas más explicación; esto respecto a la voz; que tocante a la materia, palpa una judía verde, ya granada, y sabrás de círmelo...

Et sic de ceteris, pues con estos añadidos no creo que nos caigamos ya, si nos decidimos a andar solos.

Y ahora que Sidi-El-Lubán se ha alejado ya de nosotros, podemos como buenos amigos entretenernos en arrancarle unas tiritas de pellejo...

Vaya un tabaco..., acércate... y escucha:

¡Sidi-El-Lubán tiene una historia... terrible!. Lo que oyes: terrible. Nada tiene que ver ello con esto que ahora tratábamos; pero *se dice*, y veo que tienes ya unas ganas rabiosas de que yo te lo repita.

Hubo una época en que Sidi-El-Lubán llegó a ser poco menos que dueño y señor de su reino, del cual fué expulsado por un sabio sultán amante de su pueblo y enemigo de oropelos de mucho precio y de valor liviano: de lubanes, en una palabra, y no me dejará mentir el pobre Pinhas si levántase la cabeza. En fin, la cosa es como sigue:

Wad-el-Ma, como si dijéramos Valle del Agua o Río del Agua, era un pueblo feliz. Frondosos eran sus montes, de abundantes pastos, de hondas cañadas cuajadas de árboles, de frescos manantiales, abrevaderos de la abundante caza que henchía el bosque. Sus tierras y sus prados eran verdaderos oasis de fama universal, sostenedores ubérrimos de numerosas familias y de rebaños innumerables. Pueblo agrícola y pastor, Wad-el-Ma vivía vida abundante y holgada; y sus moradores, gentes sencillas, trabajadoras, humildes, hallaban en su pequeña patria todo cuanto era necesario para la vida: dorados trigos, nutritivas carnes, dulces dátiles, fresca leche, suaves lanas y rubios linos... Y el pueblo era feliz teniéndolo todo, sin carecer de nada; y—casa llena de harina—la paz y el amor derramaban sobre él sus dones sin odios y sin envidias, adorando el caro terruño que tan pródigamente pagaba el sudor sobre él vertido en brazos del trabajo.

Mas hete aquí que un día—día funesto—presentóse en la aldea un hombre extranjero... No era labrador; pastor no era... y si, a veces, pasaba largas horas inclinado sobre la tierra amante, no peinaba su espalda con el arado, no preñaba su seno con escogidas simientes, no expurgaba su cabellera de hierbas nocivas... sino que arañando sus entrañas vírgenes, arrancaba de ellas yo no sé qué piedrecillas y guijos, polvos y arenas, que afanoso llevaba a su choza, escogiéndolas y lavándolas, clasificándolas, midiéndolas... Y el humilde techo de bálago de la nueva cabaña se vio un día agujereado por una chimenea y de la chimenea comenzó a brotar humo... El hogar se había convertido en laboratorio, en horno el lar, la morada en fábrica. Y pocos días después, a la entrada de la choza misteriosa, ensar-

tados en torcidas hebras de lino, aparecieron los primeros lubanes esféricos, esmaltados, brillantes, tentadores...

Aquellas cuentecillas de pintados vidrios valían poco; pero costaban mucho..., y ellas constituirían no sólo el primer adorno que las mujeres de Wad-el-Ma colgarían de su cuello, sino que serían, ade-

más tarde, irisados luego... Y no era lo malo que cambiasen de color anualmente, sino que llegaron a variarse a cada estación—¡no había más remedio, si habían de ser eficaces sus efectos!—y más tarde, toda dama que se estimase en algo necesitaba poseer varios lubanes según fuese el momento en que con ellos hubiera de adornarse: hora del día, color del traje; paseo, visita, reunión, teatro..., que de todo esto crió aquella bendita tierra al conjuro benéfico de las herméticas esferillas...

La fábrica sobióse al pueblo. Las tierras y los campos fueron desventrados para extraer de ellos las materias primeras. Los labradores se hicieron obreros... Al amparo de la primera fábrica surgieron otras, auxiliares de aquella: de papel para las envolturas, de estuches para los regalos, de cajas para los pedidos, de envases para las remesas..., y brotaron los artistas creadores de nuevas formas y de nuevos tintes, y los comercios crecieron; circuló el dinero, encarecióse la vida, corrió el vino y se registra-

ron robos descarados y puñaladas vergonzantes...

Murió la agricultura; y sorbida por la vanidad, se escapó de las casas la última peseta en pos del lubán postrero, y en no pocos hogares se deslizó la tisis, adquirida en la fábrica, se filtró el deshonor, brazo de la ambición, y se coló el hambre, heraldo de la Muerte.

Sin embargo, el mundo marchaba, y el pueblo iba a gusto en el machito, tan a gusto, que respondió con una revolución cuando el sabio sultán desterró de su reino a Sidi-El-Lubán y mandó cerrar y aun destruir sus fábricas.

¡Aquí de los intereses creados!

—¡Señor, que nos arruinamos! Que miles de familias quedan sin pan al faltar el trabajo; que perecerán el comercio y la industria; que el arte sucumbe; que el mundo se desploma porque le arrancáis su cimiento... Ved, señor, que el lubán es necesario; que de él viven legiones de hombres, miles de pueblos, estados y naciones... ¿Qué haremos si suprimís esta bujería superflua que tanto cuesta y que tan poco vale?

—¿Qué hareis?, les contestó el sabio sultán. ¡Lo que hacíais! Volver a la tierra, necios; a la paz y a la vida. Repoblad los bosques, talados para alimentar la maldecida fábrica; alumbrad las aguas perdidas, cultivad los campos, sembrad las tierras, multiplicad vuestros ganados...

¿Queréis trabajo? Trabajad vuestras lanas, vuestros hilos y vuestras sedas. ¿Queréis ciencia? Cread nuevas especies con estudiados cruces y sabias selecciones. ¿Queréis arte? Trocad los eriales en edenes, convertid las espinas en flores, los abrojos en frutos... Comed, bárbaros; nutríos, amad, vivid. ¡Esto es la vida, necios; este es el gran lubán, que, al revés del otro, cuesta poco y vale mucho!.

Y esta es la historia de nuestro amigo, faltando añadir a ella un triste epílogo. Sidi-El-Lubán se ha hecho señor del mundo. Cual microbios pestíferos ha derramado por doquier sus lubanes, destruyendo hogares, disgregando familias, deshonorando cuerpos, envileciendo espíritus y empobreciendo al pueblo...

Entre nosotros a Sidi-El-Lubán se le llama Lujo; a su mujer Moda; a sus hijos Derroche, Envidia, Ambición, Vanidad, Ruina, Miseria y Muerte...

¡Distinguidísima familia, a la que todos abrimos nuestros salones!.



El Excmo. Sr. Conde de Romanones, nombrado presidente del Consejo de Ministros



El Excmo. Sr. D. Segismundo Moret, elegido presidente del Congreso de los Diputados

más, benéficos amuletos ahuyentadores del mal, poderosos talismanes dominadores del destino, *portebonheurs* encadenadores de la fortuna..., casi, casi, varitas de virtudes.

Sidi-El-Lubán— que él era el extranjero — vendió



El Gobierno presidido por el conde de Romanones a la salida de Palacio después del primer consejo celebrado con S. M. el Rey. (De fotografías de Asenjo y Salazar.)

rápida las existencias de sus talleres. Su choza se hizo casa y el pueblo se empobreció un poco, un poquito, casi nada..., pero muchos de sus moradores eran felices poseyendo el mágico lubán, y otros comenzaron a arder en deseos de adquirirlo.

Al año siguiente, el extranjero tenía ya operarios—desertores del campo y del bosque—y en la fábrica se trabajaba sin punto de reposo. Los primeros lubanes fueron verdes: los de aquel año serían azules. Tener un lubán azul o no tener ninguno; los viejos, perdido ya su mérito, podían tirarse al río... ¡Como no valían nada!. El pueblo se llenó de lubanes azules... ¡Qué rechiffa la que armaron las *wadelmanies* a las cursis que se atrevieron a salir a la calle con lubancitos verdes!. ¡Pobretonas! ¡Quiero y no puedo!.

El fabricante comenzó a enriquecerse, mientras el pueblo, rápidamente, se empobrecía.

Ya no eran azules los lubanes, sino rojos; ya no rojos, sino amarillos..., jaspeados después, moteados

LA GUERRA EN LOS BALKANES

(Fot. de Rol, Argus, Trampus y Harlingue.)



Entrada del rey Pedro I de Servia en Uskub. El monarca va seguido de su Estado Mayor y lleva a su derecha a su hijo, el príncipe heredero. El presidente del Consejo de Ministros servio Sr. Pachicht leyendo al rey Pedro I los telegramas de la guerra.



En Salónica.—La población musulmana huyendo de los ejércitos servios y griegos que han invadido la Macedonia. En las calles de aquella ciudad se ven interminables convoyes de carros con las familias y los ajueres de los fugitivos.



La Juana de Arco de los servios, señorita Sofia Jovanov, jefe de una partida que combate contra los turcos. En el hospital de Stara Zagora: ingreso de un herido procedente del campo de batalla.

LA GUERRA EN LOS BALKANES. (Fotografías de M. Rol.)

Aunque las negociaciones para un armisticio preliminar de una paz que no puede tardar en ser un hecho, han quitado gran parte de interés a los hechos de armas últimamente ocurridos, dedicaremos éstos como de costumbre, una parte de la presente crónica.

Los búlgaros, después de haber ocupado varias plazas y recuperado Rodosto, que, según dijimos en la crónica anterior, les habían tomado los turcos, empezaron el ataque de la línea turca de Tchatalcha, logrando hacer ceder el centro de la misma y apoderándose de Kademkui, localidad en donde había instalado su cuartel general el generalísimo turco Nazim Bajá y que se halla situada a 35 kilómetros de Constantinopla, en la línea férrea.

Después de estos primeros combates, la fortuna no parece haberse mostrado favorable igualmente en las operaciones sucesivas de aquella región; y aun se dice que en los últimos días sufrieron algunos reveses de relativa importancia. El ejército turco, perfectamente atrinchado y, al revés de lo que hasta entonces había ocurrido, provisto abundantemente de víveres y municiones, logró no sólo rechazar los ataques de su enemigo sino además, desalojarle de algunas posiciones, a lo que contribuyeron eficazmente los fuegos de tres acorazados otomanos que batieron constantemente el ala izquierda extrema de los búlgaros.

Los combates que en aquella región se han librado han sido en extremo sangrientos; pero a partir del día 20 han cesado, por haberse dado orden a ambos ejércitos de que suspendieran las hostilidades, ya que estaba concertado el armisticio.

Aunque se dijo que los búlgaros se habían apoderado de Andrinópolis, la noticia no resultó cierta; antes al contrario, las lluvias y la extraordinaria crecida del río Maritza han aumentado las dificultades con que aquéllos han de luchar en el sitio de la mencionada plaza.

También se dijo que los montenegrinos se habían apoderado de Eskutari y también esta noticia ha resultado inexacta. Eskutari sigue resistiéndose to-

avía, si bien cada día más débilmente, pudiendo asegurarse que, de no haberse pactado el armisticio, no habría tardado en rendirse, tanto más cuanto

dentro de la ciudad. Ésta fué, al fin, tomada el día 18, habiéndose rendido con armas y bagajes la guarnición, compuesta de 50.000 hombres. La toma de

Monastir pone término a las operaciones de Macedonia en donde los turcos no conservan más que un pequeño cuerpo en Janina, no atacada todavía seriamente por los griegos, y la guarnición de Eskutari.

El día 12, el rey de Grecia, acompañado del príncipe Jorge, de la princesa Alicia y de sus ayudantes hizo su entrada oficial en Salónica, siendo allí recibido por el príncipe heredero, por el metropolitano y por los oficiales superiores, y acogido por la población en masa con entusiastas aclamaciones. Tres días después, el ejército que manda el príncipe heredero, salió de aquella ciudad y se encaminó hacia Monastir para ayudar a los serbios en el ataque de esta plaza. Su cooperación, sin

embargo, no ha sido necesaria para la toma de Monastir que, como antes decimos se rindió antes de la llegada de las tropas helénicas y al solo esfuerzo de los ejércitos de Servia.

Las autoridades griegas tomaron posesión de todos los edificios públicos e izaron su bandera en todas las mezquitas bizantinas, afirmando con estos actos su propósito de que la ocupación de Salónica sea definitiva. Como consagración de este acto puede considerarse el paso dado por el cónsul general de Rusia en aquella ciudad quien visitó al príncipe heredero, obrando en virtud de instrucciones cifradas recibidas de San Petersburgo, y le comunicó la orden que le había enviado su gobierno de reconocer como definitiva la ocupación de Salónica, manifestándole, además, que, en adelante, dependería aquel consulado ruso de la legación de Atenas y no de la embajada de Constantinopla.

La ocupación de Salónica por los griegos dió motivo a que se hablara de ciertos rozamientos entre Grecia y Bulgaria, suponiendo que el pueblo búlgaro había visto con malos ojos aquel acto realizado por los helenos independientemente de los demás Estados balcánicos. Pero tales suposiciones se han



Uskub.—Llegada de un convoy de provisiones para el ejército serbio que ocupa aquella plaza desde el día 26 de octubre último

que los sitiadores habían de recibir próximamente el refuerzo de una columna serbia al mando del general Vucovitch.

El ejército serbio procedente de Prilep, a las órdenes del príncipe Alejandro, apoderóse, después de un ligero combate, de la aldea de Dobromira, si-



Uskub.—Soldados serbios conversando con mujeres turcas en una fuente de las afueras de la población, después de la toma de la ciudad

tuada a 7 kilómetros de Monastir, y el día 17 generalizáronse las operaciones contra esta última plaza, que hasta entonces se habían limitado a movimientos aislados, viéndose los turcos obligados a abandonar todas las posiciones exteriores y a replegarse

tivo a que se hablara de ciertos rozamientos entre Grecia y Bulgaria, suponiendo que el pueblo búlgaro había visto con malos ojos aquel acto realizado por los helenos independientemente de los demás Estados balcánicos. Pero tales suposiciones se han

visto desmentidas por los hechos, pues lo mismo Bulgaria que Servia y Montenegro han felicitado a Grecia con entusiasmo y sin la menor reserva por aquella victoria, aceptando sin protesta alguna el derecho de primero y legítimo ocupante que el ejército griego con razón se atribuye.

Por otra parte, resulta casi absurdo hablar de disonancias entre los aliados, cuando éstos han dado siempre, en toda la presente guerra, un ejemplo admirable de unión y de acuerdo absolutos no sólo en la realización del plan en general, sino también en la ejecución de todos sus pormenores. Así se ha visto cómo los serbios han ayudado a los búlgaros en el sitio de Andrinópolis y delante de Tchatalcha; cómo una columna serbia y otra búlgara han apoyado la marcha de los griegos sobre Salónica; cómo otro destacamento serbio se ha dirigido a Eskutari para luchar allí al lado de los montenegrinos; y cómo el ejército del príncipe heredero de Grecia ha salido de Salónica para ir en ayuda de los serbios sitiadores de Monastir. Y en todas estas operaciones jamás se ha producido el menor rozamiento ni entre los generales encargados de los altos mandos, ni entre las tropas de los distintos Estados, caso único tal vez en la historia de esta clase de guerras.

Para terminar esta parte de nuestra crónica, diremos que los griegos ocuparon el 18 la isla de Ikaria, en el mar Egeo, y que dos destacamentos desembarcaron el mismo día, uno en Chimara, al Norte de Corfú, en el mar Jónico, y otro en la península de Calcídica, al Sur de Salónica.

Después de una semana de negociaciones para ponerse de acuerdo sobre el modo de comunicar a los Estados bálticos la demanda de mediación de Turquía, lograron al fin las potencias concertarse y en un mismo día sus ministros hicieron simultáneamente la notificación a las cancillerías de Sofía, Belgrado, Atenas y Cetigne. Pero el gobierno otomano, en vista de la lentitud con que esas gestiones se realizaban resolvió, según indicamos en nuestra crónica anterior entenderse directamente con los aliados,

por conducto de Bulgaria, solicitando un armisticio durante el cual serían discutidas las condiciones de la paz definitiva.

ejército turco las condiciones del armisticio y proceder luego a la conclusión de la paz.

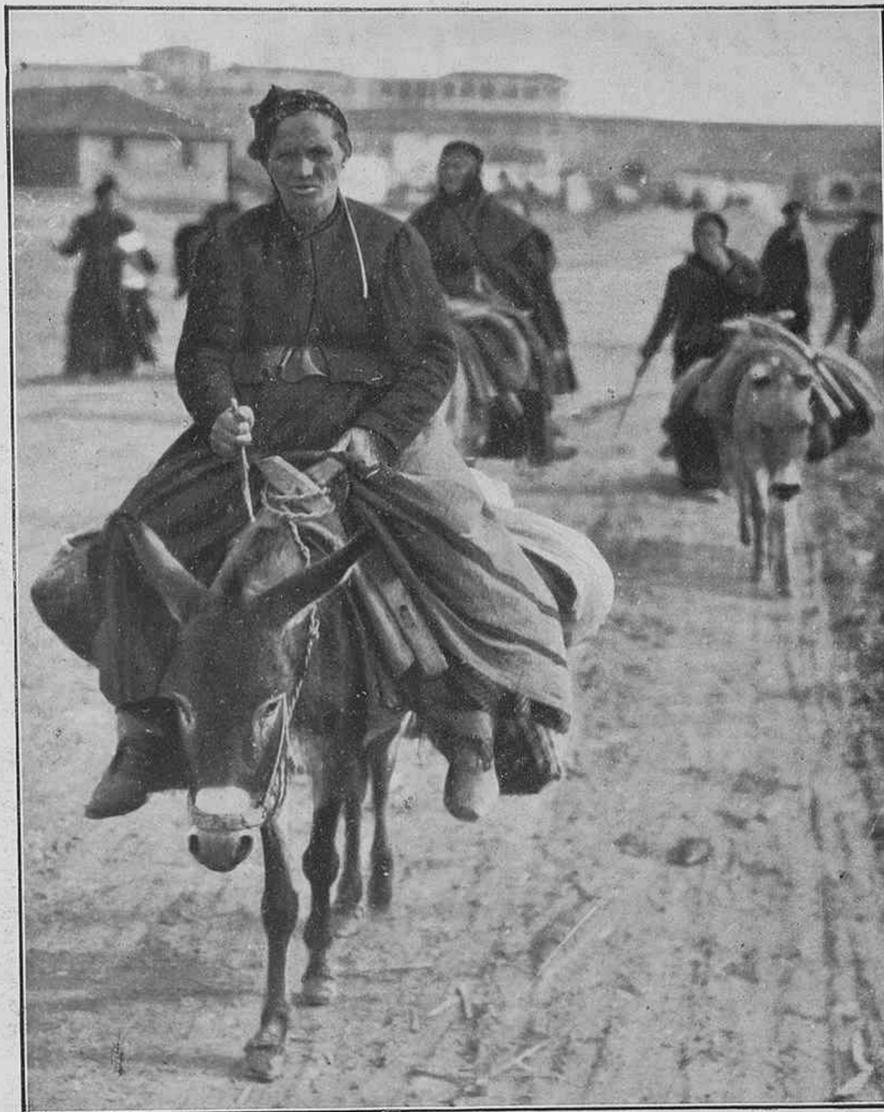
Ignóranse las exigencias que para llegar a este resultado han formulado los búlgaros; un diario serbio ha dicho que eran: 1.ª, la evacuación de Andrinópolis, Eskutari y Jamina; 2.ª, la confesión de Turquía de haber sido vencida; 3.ª, renuncia por parte de la Puerta a sus provincias europeas; 4.ª, entrada de los ejércitos aliados en Constantinopla, en donde se proclamaría la federación báltica; 5.ª, indemnización de guerra por parte de Turquía; 6.ª, internacionalización de Constantinopla; y 7.ª, libre paso de los Dardanelos.

En el momento en que escribimos estas líneas, un telegrama anuncia que el gran visir, considerando inaceptables las condiciones impuestas por Bulgaria, ha declarado que el gobierno ha resuelto rechazarlas y proseguir la guerra, a cual efecto ha enviado las oportunas instrucciones al generalísimo Nazim-Bajá. Si esta noticia se confirma, las esperanzas de una paz próxima quedarían desvanecidas; pero dado el estado a que han llegado las cosas, no sería difícil que se encontrase una nueva fórmula para llegar a un arreglo.

En estos últimos días ha surgido inesperadamente un nuevo factor que podría contribuir a precipitar los acontecimientos: nos referimos a la aparición del cólera en Constantinopla y en las líneas de Tchatalcha. La terrible enfermedad hace en una y en otras grandes estragos; y esto, además del gran daño que ha de causar al ejército turco constituye un serio peligro para los búlgaros y una dificultad poderosa para su avance.

Los buques de guerra extranjeros anclados en el Bósforo y en el Cuerno de Oro han desembarcado en Constantinopla destacamentos con

armas y banderas para proteger la seguridad de sus respectivos nacionales. Estos destacamentos, formando un total de 2 000 hombres, han montado guardias en las embajadas y legaciones y ocupado los hospitales, las escuelas y otros edificios públicos y algunos puntos estratégicos de la capital.—R.



Mujeres búlgaras que van a visitar a sus soldados en las trincheras de Andrinópolis. (De fotografía de L. N. A. Staff Photographer.)

Bulgaria tardó algunos días en contestar a la proposición de la Puerta, tal vez para consultar, antes de contraer un compromiso, con los otros tres Estados aliados; pero al fin comunicó al gobierno otomano que había designado los plenipotenciarios encargados de establecer con el generalísimo del



Llegada al hospital de Mustafá Bajá de soldados búlgaros heridos en el sitio de Andrinópolis. (De fotografía de L. N. A. Staff Photographer.)



COQUETERÍA, cuadro de Román Ribera. (Galería Robira)



¿VENDRÁ?, cuadro de Francisco Masiera.

TORREDEMBARRA

HOMENAJE A LA MEMORIA DE D. JUAN MAÑÉ Y PLAQUER

El Sindicato Profesional de Periodistas de Barcelona, queriendo honrar la memoria de D. Juan Mañé y Flaquer, acordó colocar una lápida en la casa de Torredembarra (provin-



Torredembarra. Homenaje a la memoria de D. Juan Mañé y Flaquer.—Inauguración de la lápida conmemorativa colocada en la casa en donde nació el ilustre periodista. (De fotografía de A. Merletti.)

cia de Tarragona) en donde nació el hombre ilustre que fue gloria y orgullo de la prensa barcelonesa.

El acto de descubrir la lápida efectuóse el día 17 del actual y para asistir a él salieron de Barcelona numerosas comisiones, que en la estación de Torredembarra fueron recibidas por las autoridades y por una inmensa y entusiasta muchedumbre y a los acordes de una banda musical.

Después de una visita a las Escuelas del Patronato Roig, en donde reciben instrucción y educación numerosos alumnos, celebróse en la iglesia parroquial de San Pedro un solemne oficio, durante el cual el *Orfèd Tarragoní*, bajo la dirección del maestro Golchs, cantó el «Credo de la misa del papa Marcelo», de Palestrina, y el «*Ave Verum*», de Mozart.

A las doce, formóse la comitiva de comisiones barcelonesas y autoridades locales, que presidía el gobernador civil de la provincia D. Federico Schwartz. Al frente de ella marchaban una banda de música y el *Orfèd Tarragoní* con su hermosa sefiera, y detrás iba un gran gentío en el que estaban no sólo toda la población de Torredembarra, sino también numerosas representaciones de la capital y de los pueblos comarcanos.

Dirigióse la comitiva por la calle de Jaime Badía a la de Juan Güell y Ferrer, cuyos balcones, enteramente ocupados, ostentaban colgaduras, y al llegar a la plazoleta que hay junto a la iglesia, las autoridades y las comisiones pasaron a ocupar la tribuna que se había levantado delante de la casa en donde nació D. Juan Mañé y Flaquer. En la fachada de ésta distinguíase la cortina que ocultaba la lápida que iba a inaugurarse.

Léda por el Sr. Argila, secretario del Sindicato Profesional de Periodistas, el acta de los acuerdos por éste adoptados para la organización de la fiesta que se estaba celebrando, una señorita del *Orfèd Tarragoní* tiró del cordón de la cortina que velaba la lápida, quedando ésta al descubierto.

La lápida es una bellísima obra de arte diseñada por el socio del Sindicato D. Ramón Ghiloni y la inscripción en bajo relieve dorado que contiene dice: «Aquí nació, en 15 de octubre de 1823, D. Juan Mañé y Flaquer, Maestro en periodismo. Por iniciativa del Sindicato Profesional de Periodistas de Barcelona, se coloca esta lápida conmemorativa en 17 de noviembre de 1912.»

El Sr. Dalmases y Gil, presidente del Sindicato, pronunció sentidas frases a la memoria de Mañé y Flaquer y ofreció en nombre de aquella entidad la lápida al municipio de Torredembarra. Acto seguido el director del *Diario de Barcelona*, Sr. Soler y Casajuana, pronunció un elocuente discurso ensalzando la personalidad del inolvidable Mañé y Flaquer y dedicando sinceros elogios al Sindicato por el acto que se celebraba. Hablaron también el alcalde de Torredembarra señor Girol, agradeciendo al Sindicato el homenaje tributado al hijo ilustre de aquella ciudad; el vicepresidente de la Diputación Provincial de Tarragona Sr. Caballé, felicitando al Sindicato y enalteciendo la memoria de Mañé y Flaquer, y el Sr. Schwartz señalando la lápida inaugurada como símbolo del progresivo desenvolvimiento de Torredembarra.

Terminados los discursos, que fueron entusiastamente aplaudidos, el *Orfèd Tarragoní* cantó de una manera magistral el «Alleluia» de Hændel.

Por la tarde, celebróse en el Teatro de la Unión el banquete oficial ofrecido por el Ayuntamiento de Torredembarra a las autoridades y a las comisiones barcelonesas, presidiendo la mesa el gobernador civil y ocupando a sus lados sitios preferentes el alcalde, el presidente del Sindicato, el vicepresidente de la Diputación Provincial, el cura párroco, el Sr. Soler y Casajuana, el fiscal de S. M. en la Audiencia de Tarragona, el juez municipal y otras personalidades.

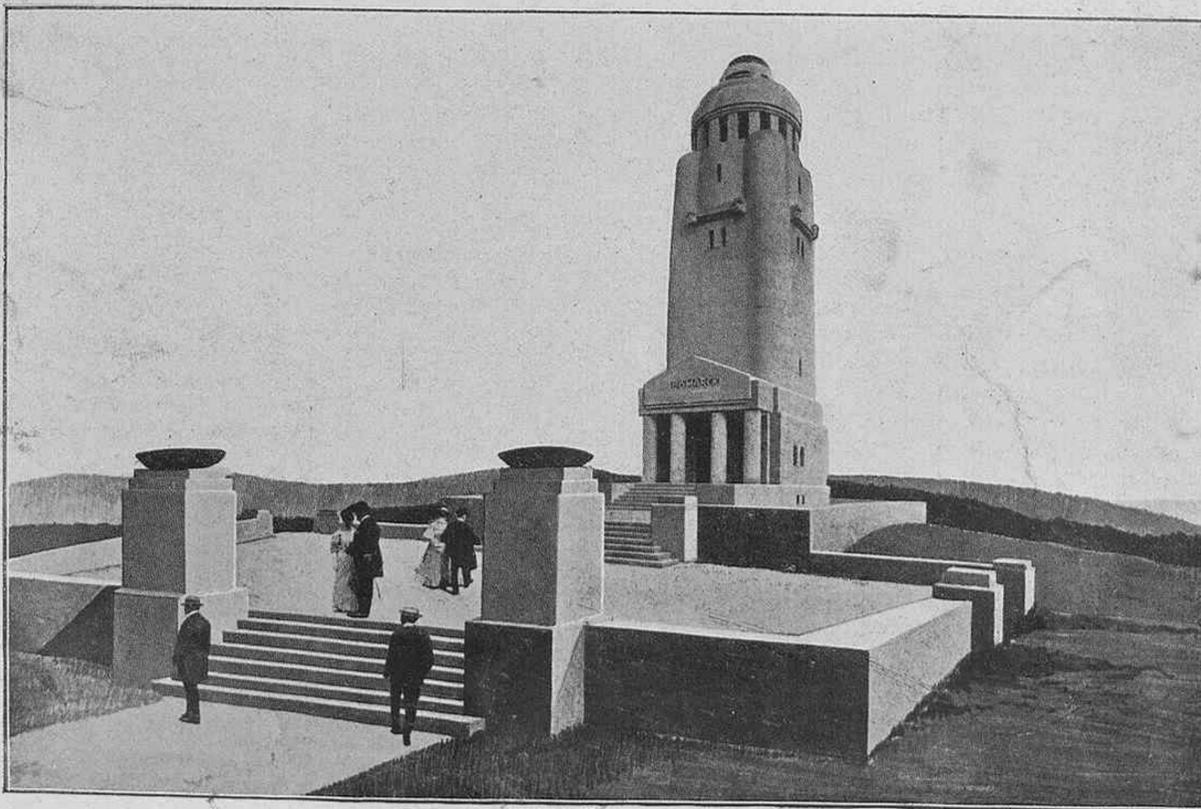
Al final de la comida, brindaron elocuentemente los Sres. Ruiz Porta, Borrás, Ibáñez Jaso, Mori Roselló, Chulvi, Burgada y Juliá, Cherizola, Rdo. Camú y Campmany, Schwartz y Dalmases y Gil. Los concurrentes pasaron luego al local de la sociedad «El Recreo», en donde el *Orfèd Tarragoní* dió un hermoso concierto que valió entusiastas aplausos a los cantantes y calurosas felicitaciones a su director, mientras en la plaza se bailaban animadas sardanas.

Con esto terminaron las fiestas del homenaje que resultaron dignas del periodista insigne a cuya memoria se tributaba y por las cuales merece entusiastas plácemes el Sindicato que las inició y organizó con tanto acierto.

UN NUEVO MONUMENTO A BISMARCK

Se ha inaugurado con gran solemnidad este monumento dedicado al gran estadista prusiano, a quien en vida se denominó el Canciller de hierro, habiendo asistido al acto de la inauguración numerosas comisiones oficiales y una muchedumbre de muchos millares de personas, entre ellas multitud de estudiantes.

El constructor del monumento, el arquitecto profesor Wickop, de Darmstadt, hizo entrega del mismo a la ciudad de



Torre monumental erigida a la memoria de Bismarck en la colina Raitheberg, cerca de Constanza, obra del arquitecto profesor G. Wickop, de Darmstadt. (De fotografía.)

Constanza y el burgomaestre de ésta, Dr. Weber, dió las gracias al autor de la obra y a cuantos con su dinero o con su trabajo han contribuído a la realización de la misma.

El monumento ha sido construído en una colina inmediata a Constanza. Una escalinata, flanqueada por dos altos pedes-



El general mexicano D. Félix Díaz, que hace poco intentó un movimiento revolucionario y que, hecho prisionero por las tropas del gobierno, ha sido condenado a muerte por un consejo de guerra. (De fotografía de Archives du Miroir.)

tales, conduce a una amplia terraza, de la cual arrancan otras dos escalinatas que conducen a un templete sobre cuya puerta se lee el nombre de Bismarck, y sobre el cual se levanta la gigantesca torre de 23 metros de alto por 7 de ancho. Por una artística puerta de bronce péntrase en el interior del templete, en donde hay un hermoso busto del canciller modelado por el escultor Carlos Killer, de Munich.

El monumento resulta verdaderamente grandioso cual corresponde a la magnitud de una de las figuras más eminentes de la historia contemporánea.

EL GENERAL MEXICANO D. FÉLIX DÍAZ

El general Díaz, sobrino del expresidente de la República de México, ha intentado recientemente un movimiento revolucionario que el gobierno ha podido reprimir fácilmente. El día 16 de octubre último, acompañado de un primo suyo, el coronel Díaz, y de algunos partidarios, entró en Veracruz y logró sublevar a una parte de la guarnición y apoderarse de las oficinas públicas, encarcelando al director del arsenal y al comandante militar.

El gobierno, que había podido retirar anteriormente todo el material de ferrocarril, a fin de que los sublevados no pudieran trasladarse a México, envió inmediatamente algunas tropas para sofocar la rebelión, mientras la escuadra, anclada en Veracruz, amenazaba bombardear la ciudad.

El día 24 las tropas federales atacaron la plaza y se apoderaron de ella, haciendo prisioneros al general Díaz, que logró escapar. Los rebeldes compadecieron dos días después ante un consejo de guerra que condenó a muerte al citado general, al coronel Migoni, al comandante Zárate y al capitán Lima, y a distintas penas a los demás acusados.

El Tribunal Supremo, sin embargo, ha de dictaminar sobre la legalidad de la sentencia del consejo de guerra.

En el entretanto, personajes influyentes trabajan para conseguir que el presidente Madero indulte al general Díaz, en el caso de que el Tribunal Supremo confirme el fallo; pero el presidente, según parece, muéstrase resuelto a dejar que se ejecuten todas las sentencias de muerte a fin de evitar que se repita el caso del general Reyes, que después de indultado siguió conspirando en la cárcel.

Sofocada la intentona del general Díaz, puede decirse que ha quedado restablecida la tranquilidad en México, pues si bien quedaban todavía algunos grupos rebeldes, éstos han sido recientemente derrotados con grandes pérdidas en las inmediaciones de Cuernavaca por las tropas del general Angeles.

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



— ¡ Buen talante de enamorada!, pensó al verse tendida en su gran butaca

— Conformes.
 — Pero no pienso ser tan exigente.
 — Es una suerte para mí, replicó el barón, resignado a representar, según recomendación del doctor Lecoutellier, la comedia del regateo.
 — No, sino necesidad mía. Si se lo pidiese a usted todo, acaso preferiría usted arreglarse con su prima, aun a costa de confesarle... aquella ligereza de usted respecto de ella... Ya sé que esto sería duro, tan duro, que sólo el pensarlo me anima a ser algo exigente.

— Lo que quiere decir...
 — Qué sé con bastante exactitud, porque he tomado mis informes, a cuánto asciende la fortuna que dejó a usted su tío, el conde Gerardo.
 — No he hecho de ello ningún misterio.
 — Por esto no me ha costado mucho averiguar que excede de seis millones.
 — Sí, replicó el barón en tono algo extrañado; ascendía a esta cantidad, en efecto.
 Delorme, arrellanado siempre en aquel sillón, que

comenzaba a ser algo suyo, a lo menos en parte, prosiguió:

— Por lo demás, no dudo que en este tiempo ha hecho prosperar la fortuna, pero le hago gracia de los aumentos posteriores.

— Es usted muy amable, replicó el barón en aquel mismo tono extraño que, en otras circunstancias tal vez habría llamado la atención de Delorme.

Pero ahora, en pleno triunfo, no hilaba tan delgado ni escuchaba con oído tan fino.

Por otra parte, el barón, como si tuviera en ello un interés capital, poníase a discutir:

—Puesto que está usted tan bien enterado, sabrá que en este total de seis millones entra una hacienda valorada en dos.

—Valor difícil de realizar, lo sé; pero en cambio este palacio, que pertenecía por mitad al Sr. conde de Aspremont, vendido hoy produciría un buen beneficio sobre el precio en que fué estimado, lo cual compensa la hacienda. Y como lo demás son valores en cartera...

—En suma, su última palabra...

Delorme vaciló un momento, como el bandido que va a lanzarse al asalto final, pero luego, recordando toda su audacia, respondió:

—Su prima se lo quitaría todo y además el honor. Yo me contento con la mitad y le dejo el honor aparte. ¿Acepta usted?

—La mitad, es decir...

—Tres millones.

Y como para atenuar el amargor de la píldora formidable que ofrecía a su víctima, añadió:

—Mire usted, en materia de negocios soy claro. Cuando entré aquí tuve un momento de vanidad infantil y me pregunté si reclamaría una parte de este palacio... Pues bien, no; el palacio es como la hacienda y usted puede tener, para querer conservarlos, razones históricas que yo no tengo... Déme usted mi parte de dinero y yo le doy a usted mis documentos, de los cuales hace usted lo que quiera, que esto no me importa. Y ya no me ve usted más. ¿Le parece bien?

—Le doy a usted un millón... después de haber comprobado la mercancía, por supuesto.

—¿Un millón? Señor barón, beso a usted la mano. Y se levantó.

—¿Qué quiere decir esto?, preguntó Lorgerac sorprendido realmente de aquella brusca retirada.

—Quiere decir que ahora mismo voy a casa de la señora de Aspremont, para comprobar que tiene más sentido común que usted, de lo cual estoy convencido de antemano... ¡Ah!, exclamó riendo con sorna mientras alargaba la mano para coger el sombrero. Estoy seguro de que no se hará la desdénosa cuando yo le diga: «¿Quiere usted darme tres millones a cambio de otros tantos que yo le daré, con los que usted no contaba ya, si es que alguna vez había contado, y que, sin mí, no tendrá usted jamás, jamás? No, con ella pronto nos habremos entendido y por esta razón no le digo a usted adiós, señor barón, sino hasta la vista.

—¡No sea usted tan ejecutivo!

—Pues no me haga usted ofertas tan irrisorias... ¿No cree usted que aquella señora me cedería cuatro, cinco millones si estuviera segura de llegar a poseer uno y acaso también para poseer, por añadidura, la carta de usted?.. Con el rencor que debe guardar a usted, no le parecería cara, por aquel precio, la consabida carta... Y una vez los documentos en manos de ella, yo me lavo las mías y suceda lo que Dios quiera.

—Bueno, pues le doy un millón por la carta.

—¡Bah, bah!

—Un millón más, se entiende.

—¿A qué vienen estos regateos? Estamos ya en los dos millones: uno por el estado civil y otro para la correspondencia. Y dentro de un momento, cuando vea usted que tomo la puerta, me llamará usted para ofrecerme el tercero... ¡Vamos, señor barón! ¡Sea usted mejor jugador! Ha perdido usted la partida, lo cual no es extraño porque jugamos a un juego en el que vengo ejercitándome hace diez y siete años... Usted, en cambio no está a la altura... Pague usted, por consiguiente... Es como una muela; duele mientras la arrancan, pero luego uno se queda tranquilo... En fin, añadió cogiendo esta vez de veras el sombrero, hago perder a usted un tiempo precioso... Vamos a ver, ¿voy a la avenida de los Ternos, en donde vive la prima de usted, o me quedo aquí?

El barón estuvo unos momentos sin contestar como si en su interior se librara un último combate; pero luego, como si decididamente capitulase, preguntó:

—¿Cuándo podrá usted traerme los documentos?

—Cuando usted quiera... Esta noche, si le conviene y si tiene usted en caja, por supuesto...

—¡Ah, no! Me cree usted demasiado rico, amigo mío... Me saca usted unos millones y esto me pone en situación embarazosa; es más, confieso a usted que esta sangría inesperada me dejará desplumado.

—¡Quite usted allá, señor barón! Una jugada de bolsa, una buena emisión... y está usted otra vez como antes.

El barón, sin contestar aquella broma que Delorme creía muy propia de la situación, dijo:

—Antes de mañana por la tarde no puedo realizar esta cantidad.

—Corriente; dejaremos el canje de nuestras mercancías para mañana a la hora que usted quiera.

—A las cinco. Así tendré tiempo de ir a las casas de banca a las que usted me obliga a recurrir.

—Entonces, toma y daca.

—Así lo entiendo.

—Pues hasta mañana señor barón.

Lorgerac tocó el timbre y en seguida se presentó el ayuda de cámara.

—José, acompañe usted a ese caballero. Mañana a las cinco volverá; hágale pasar inmediatamente.

—Está bien, señor barón.

El dueño de la casa, con voz seca y breve, más agria que de costumbre dijo a Delorme:

—No entretengo a usted más, caballero.

—Señor barón, hasta la vista.

Y Delorme, bajando la escalera monumental del palacio, decía en la fiebre de su esperanza:

«La mitad de este edificio no será mía, pero creo firmemente que esta vez tengo la mitad de la fortuna... Habría podido, quizás, tirar más de la cuerda; pero también habría podido romperla... Además, el hombre prudente se contenta con poco, sobre todo cuando tiene intención de largarse a toda prisa lejos de los importunos... y principalmente de los socios...»

En el entretanto, Francisco de Lorgerac llamaba nuevamente a su ayuda de cámara:

—Mi coche en el acto... Pero no, no lo necesito. Vaya usted...

Y tomando su sombrero, se dijo:

—¡Estoy loco!.. La Escuela de Medicina está ahí al lado... ¡Ah! ¡Me hago viejo!.. Pierdo la serenidad.

XIII.—ENSUEÑOS AMOROSOS

El sol y el ruido reinaban ahora en el saloncito de la avenida de los Ternos, en aquel saloncito en donde, como por arte de encantamiento habían renacido la esperanza, la dicha, el amor, y en donde grandes ramos de flores sencillas, de vivos colores, habían reemplazado los odiosos y dolorosos ramilletes blancos, de flores lúgubres, cuya pálida tristeza enviaba ideas más bien de duelo que de fiesta. Por otra parte, para alegrar, para volver a dar calor a aquella casa en la que tantas lágrimas se habían derramado, ¿no bastaba acaso la radiante sonrisa que había vuelto a animar los labios rojos de Rolanda y también los labios todavía pálidos de Manuela? Allí, en torno de la joven todo era vida y contento: aquí, en la tibia estancia de la convaleciente, que aunque estaba mucho mejor sentíase aún muy débil, Manuela encontraba, al fin, la dulzura de vivir escuchando al través de la puerta entreabierta charlas juveniles, adorables.

Porque ¡cuidado si charlaba Rolanda!

¿Y con quién estaba en tan animada conversación? Con un muchacho alto, guapo, de labios sombreados por un bigote rubio, de tez bronceada por el sol africano. Con un gentil enamorado que escuchaba en un éxtasis de arrobamiento aquel gorjeo de curuja de negra cabeza y que contestaba a él con expresiones interminables, importantes, absurdas, deliciosas.

Sí, muy importante y sobre todo muy interesante debía de ser aquel coloquio, porque, hablando, los dos se olvidaban del tiempo, perdidos en su ensueño, en aquel ensueño ayer desvarío engañoso y hoy radiante realidad.

Y al rumor de aquellas risas ahogadas, a las que seguían murmullos dulces como caricias, Manuela sentíase invadida por una soñolencia de paz, de bienestar, de deliciosa lasitud que cerraba sus párpados, algo acardenalados todavía, sobre sus ojos húmedos, en el preciso momento en que Rosalía entraba en el cuarto con una taza humeante en la mano:

—¡Apenas si arman ruido esos enamorados!, dijo. Estoy segura de que le dan a usted dolor de cabeza.

—No, Rosalía... Soy dichosa.

—Bien se ve, señora. Y aunque el señorito Claudio sea el mejor médico del mundo, mejor que sus drogas le sienta a usted bien la dicha... Lo que no obsta para que usted tome las tisanas y los caldos que él receta... éste sobre todo que es famoso y que la entusiasmará.

—Sí, luego lo tomaré.

—No, no; el señorito Claudio ha dicho: «A las dos... y después descansar.» Ya sabe usted que esta tarde saldrá usted por primera vez... Y cuando dentro de un rato vendrá el doctor... ¿por qué ha de venir, ¿no es verdad?

—Sí, le esperamos.

—Nunca abandona a sus enfermos ni siquiera a aquellos cuya enfermedad no le inquieta.

—¡Es tan bueno!

—¡Y la quiere a usted tanto!

Y en vista de que Manuela, arrastrada por aquella simple frase a la región de los recuerdos, de las melancolías, acaso de los arrepentimientos, tardaba en contestarle, Rosalía añadió, lanzando un hondo suspiro:

—¡Todos los de casa la han querido a usted tanto!.. ¡Cuando pienso en mi pobre señora!..

Aquella evocación hizo deslizarse por sus mejillas una gruesa lágrima.

—¡En mi pobre señora que amaba a usted como habría amado a su hija!

Y secándose vigorosamente los ojos en el inmenso pañuelo que con gran trabajo, por tener la mano ocupada por la taza, pudo sacarse del bolsillo, prosiguió:

—¿Se acuerda usted, doña Manuela?.. A mí no se me olvidará nunca aquel momento en que mi pobre ama entregó santamente su alma a Dios.

Y dando ya rienda suelta a sus lágrimas, a aquellas lágrimas de criatura bondadosa que tan fácilmente brotaban de sus ojos, siguió diciendo:

—Cuando hablaba para el cielo, porque, ¡vaya si está en el cielo!.. Si alguien ha entrado en él, seguramente es ella... Pues bien, en aquel momento cogió la mano de usted y la del señorito Claudio... ¡Pobre señora, pobre señora!.. Yo bien sé lo que quería darles a entender a los dos.

«Yo también lo sé», pensó Manuela a quien las palabras de la excelente anciana llenaban de una turbación profunda.

—Pero hay que creer, prosiguió Rosalía, que no fué esa la voluntad de Dios. Dios no quiso que mi pobre señorito Claudio encontrase otra familia y hemos de pensar que para ello tendría sus razones... Quizás vale más que un gran sabio como el señorito Claudio permanezca sólo... Así tiene más libertad para dedicarse a sus trabajos... Y, sin embargo, usted recordará que en aquellos buenos tiempos trabajaba tan bien allí... en la mesa del comedor... En fin, añadió suspirando, después ha tenido ocasión de acostumbrarse a trabajar solo...

—Y ya no piensa en esas cosas de otros días, murmuró Manuela.

—Puede ser... pero no es ésta mi opinión.

—¿Y por qué?, preguntó Manuela imprudentemente, casi a despecho de su voluntad.

—¡Ah! Porque desde entonces nunca ha vuelto a ser lo que era. Antes era alegre, hablador... daba gusto oírle contar algo, ¿se acuerda usted? Unas veces nos contaba cosas graciosas; otras, cosas bonitas que yo no siempre comprendía, pero que me parecían bonitas a pesar de todo... Y luego, sólo su voz, su voz que me conmovía cuando hablaba dulcemente con mi pobre señora... o cuando hablaba con usted... Y luego sus risotadas cuando jugaba con la señorita Rolanda... ¡Ah, qué hermosos tiempos aquellos!.. Se fueron para no volver más.

—Se fueron... balbuceó Manuela.

—Sí, se fueron con usted... ¡Hace ya años de esto!.. ¿No es verdad?.. Pues bien, desde aquel día ha sido otro señorito Claudio el que ha vivido en nuestra casa... y aun como un transeunte... Y esto era lo que llenaba de pena a la pobre señora... Al perderla a usted, había perdido también algo de su hijo... Y me figuro que si al morir cogió las manos de ustedes dos, debió ser para que su hijo fuese otra vez el de antes, para que desde el cielo pudiera ella verle semejante al que por las noches trabajaba entre ella y usted... En fin, repitió enjugándose nuevamente los ojos con su gran pañuelo, Dios no lo quiso... Pero yo, en su lugar, lo habría querido, porque el señorito Claudio merecía ser feliz... ¡Y no lo es... no lo es, pobre señorito!

No dijo más. Por otra parte hacía un rato que Manuela no le contestaba... ¡Estaba ahora tan lejos del tiempo presente y de la avenida de los Ternos!.. Vefase de nuevo en el pabelloncito... en el saloncito... en el comedor tibio... en aquella atmósfera de ternura que envolvía y acariciaba; y reviviendo las horas del encanto y de su contagio, decía con el triste dolor de los tiernos arrepentimientos:

«Sí... me amaba... yo le amaba también... Y tal vez hemos pasado, como dice esa buena y sencilla criatura, al lado de la felicidad... Pero nuestros caminos eran distintos... cada uno emprendió el suyo y se entretuvo en él y ahora no me queda de todo ello más que la melancolía del recuerdo... Además, repetiase con una especie de obstinación de voluntad, Claudio ya no piensa en aquello, diga lo que quiera Rosalía... ¡Y cómo pensaría todavía en ello si hay aquí, junto a mí, una muchacha que casi es ya como yo era entonces!.. ¡Cuando, al lado de ella,

soy una mamá, y una mamá vieja..., una mamá que acaso dentro de un año será abuela!

Pensando en estas cosas, había levantado instintivamente la cabeza, que conservaba su magnífica cabellera negra, para echar una mirada furtiva a su armario de espejo, a aquel armario que la pobre señora de Lecoutellier le había comprado y en el cual podía ver todo su cuerpo.

«¡Buen talante de enamorada!», pensó al verse tendida en su gran butaca.

Sin embargo no pudo menos de añadir:

«Y no obstante, hay momentos en que me figuraría que aún soy bonita... ¡Ah, loca, vieja loca!..»

En aquel momento, Rosalía agitaba ruidosamente la cucharilla dentro de la taza que tenía en la mano.

—Vamos, dijo Manuela, ¿es menester tomar esa tisana, mi buena Rosalía?

—¡Qué tisana! Caldo magnífico, que ya debiera haberse bebido usted, porque ha pasado la hora. ¡Bonita me pondría el señorito Claudio, si supiera cómo la cuida a usted!

—Bueno; pues para que no la regañen a usted por mi culpa, venga la taza replicó Manuela sonriendo.

—Y después, ya lo sabe usted; será preciso dormir un poco.

—Sí, ya lo sé; lo ha mandado el doctor.

—Lo ha recomendado muy especialmente.

—Procuraré hacerlo.

—Y yo voy a cerrar esta puerta... ¡Esos muchachos arman un ruido!.. Ante todo les diré que hagan el favor de callarse un poco. ¡Lo que han charlado, válgame Dios!

—¡Oh, no, Rosalía!.. ¡Están tan contentos!..

—También es verdad, y sería lástima turbar su contento diciéndoles que la marean a usted... Sin embargo, ya que el doctor ha dicho que es menester que usted duerma...

—Cierra la puerta; esto bastará para que no los oiga.

—Y así podrá usted descansar hasta que venga el doctor.

—Sí, respondió Manuela mirando el reloj. Tengo más de una hora...

—Pues aprovéchela, porque en cuanto él venga volverán ustedes a hablar..., a hablar...

—¡Ah, Rosalía! Es que luego ha de suceder una cosa tan importante...

—Sí, que va usted a devolver la visita que ayer recibió.

—Claudio lo quiere...

—Y cuando él lo quiere, es que tiene razón... De todos modos, cuando uno piensa en esto... Va usted a ir a un sitio adonde no ha vuelto desde hace mucho tiempo...

—Diez y siete años, Rosalía.

—Y aun una sola vez.

—¡Una sola!.., dijo Manuela palideciendo a causa de aquel recuerdo.

—¡Eal, exclamó Rosalía cortando la conversación. La estoy haciendo hablar y recordándole cosas que la disgustan... Soy una simple... Hasta luego, doña Manuela. ¡Que duerma usted bien!

Diciendo esto, desapareció cerrando la puerta.

Manuela se quedó sola en aquella estancia y cerró los ojos, tratando de obedecer la prescripción del doctor, la receta de Claudio.

¡Pero cuánto tardó en conciliar el sueño!.. Había removido demasiados pensamientos, despertado demasiados recuerdos, evocado demasiadas tristezas y también demasiadas alegrías que yacían en el olvido... Y ahora se sumergía en aquel pasado que no es más que un ensueño, que una tierna añoranza.

En el entretanto, los dos enamorados seguían charlando en la salita, haciendo hermosos proyectos para el día siguiente..., y también para el porvenir.

—Es, pues, ya cosa convenida, decía Enrique.

—Sí, convenida, respondió Rolanda. Como seremos pobres, muy pobres será menester trabajar mucho.

—Pues trabajaremos mucho. El trabajo, ¡qué diantre!, no es tan duro... Y cuando al trabajar se tiene la dicha en el corazón, me figuro que debe ser la cosa más encantadora del mundo.

—Pero... no separados el uno del otro.

—Por supuesto, Rolanda mía.

—Por consiguiente, nada de Argelia.

—Nada de Tebessa y nada de fosfatos, entendido. No quieres dejar a tu madre sola y yo tampoco lo quisiera; y como ella no consentirá en expatriarse una vez más...

—¡Oh! Mamá..., en rigor consentiría en ello, a pesar de todo; pero acaso no podrá.

—¿Por qué?, preguntó curiosamente Enrique.

—Amigo mío, este es mi secreto.

—¿Tuyo y de ella?

—No, mío solamente. Déjame que lo guarde.

—Guárdalo, bien mío, y quedémonos en Francia.

—En París.

—En París. También lo deseo yo, en primer lugar porque quiero todo lo que tú quieres...

—... Y en segundo porque aquí es donde creo que me será más fácil encontrar ocupación...

—¿Y en qué has de ocuparte?

—En lo mismo que tú, en trab...

Enrique no le dejó acabar la palabra.

—¿Tú, trabajar? ¡Esto de ningún modo!

—¿Y por qué no? ¡Egoísta! ¿No has dicho que sería encantador?

—Sí, encantador, pero a veces fatigoso. Además... Se echó a reír y se sonrojó al mismo tiempo.

—Además, tú serás la deliciosa amita de casa, la que da calor y belleza al hogar... Y no sólo, sino dentro de poco también...

Ahora fué Rolanda la que se ruborizó ante la visión rubia y sonrosada que evocaba Enrique.

—Bueno, sí, apresuróse a contestar con risa cristalina; me has convencido. Seré el ama de casa que hace la comida para su marido... ¿Y en dónde haremos esa sopa?

—¡Qué sé yo! Por de pronto en el palacio de Aspremont.

—Pero si no tendremos tal palacio, puesto que vamos a ser pobres...

—Es verdad, dijo Enrique con cierta tristeza. Probablemente no lo tendremos.

—No probablemente, seguramente; Claudio me lo ha explicado.

—Sí, ya lo sé; mi padre ha sufrido grandes pérdidas, ha comprometido la fortuna...

Y como vacilara en especificar de cuál fortuna se trataba, Rolanda acudió en su auxilio:

—Sí, la fortuna que tenía derecho a considerar como suya y de la que, por consiguiente, podía disponer como se le antojara... Fortuna que hoy ya no existe.

—Ni la nuestra tampoco, la que procedía de mi pobre madre... Y no hablo ya de la de nuestros abuelos...

—De modo que para salir del lance con los honores de la guerra, sin deber nada a nadie...

—Será preciso vender el palacio y quizás también la hacienda de Aspremont.

—La venta del palacio sólo la sentiría por ti, que tanto amas esa vieja mansión...

—He nacido en ella y en ella pensaba llegar a la ancianidad, dijo ahogando un suspiro. Pero, ¡bah!, tú me harás olvidar todo esto.

—Lo procuraré y me parece, estoy segura de que lo lograré, respondió Rolanda con todo el ardor de su cariño juvenil... Lo que sí sentiría algo es la venta de Aspremont.

—¿Por qué? Si no lo conoces.

—Me habría gustado conocerlo... Además, allí en medio de los montes Cevennes, al aire libre, en pleno sol... ¡Habría sido tan hermoso vivir felices allí!, exclamó suspirando a su vez... Pero, ea, ya estoy consolada... Tú serás muy rico y entonces nos iremos a instalarnos en otra campiña, enteramente nuestra.

—¡Muy rico!, replicó Enrique moviendo la cabeza. ¡Si supiera siquiera cómo debo componermelas para serlo!

—Claudio, que todo lo sabe, te indicará el modo.

—Y Claudio logra cuanto se propone...

—Sí, puesto que ha logrado reunirnos.

—¡Y era tan difícil!..

—Difícil... sí, por tu causa... porque tú no querías... Yo sí quería...

—¡Ah, vida mía! ¡Bien lo deseaba! Más que tú, te lo juro.

—Entonces, ¿por qué?..

—¡Ah!.. Porque...

Callóse y una oleada de sangre hizo enrojecer sus mejillas.

—Pues bien, no..., no me lo digas... No quiero saberlo... Es el secreto abominable que nos ha hecho desgraciados... No hablemos más de ello, nunca más...

—Sí, murmuró Enrique. Dejemos esto, amada mía, te lo ruego...

—Hablemos, pues, de otra cosa sobre la cual puedas contestarme satisfecho y largamente.

—¿Y tu hermanita? ¿Has ido a verla?

—Sí, esta mañana.

—¿En su convento?

—En su convento, en el que espero no se eternizará.

—¿Qué agradable noticia!

—Hemos hablado largo y tendido,

—¿Y qué le has dicho?

—Le he dicho... muchas cosas... que tampoco podré repetirte.

—¿También esto entra en el dichoso secreto?

—Sí.

—Pues dejémoslo... ¿Y cuando has acabado de decirle todas estas cosas?..

—Se ha sentido dichosa, como lo soy yo... aunque no tanto como yo, Rolanda mía.

—Ya me lo figuro...

—Pero de todos modos muy dichosa... Y entonces ella también me ha hecho sus confidencias...

—¿También esto es secreto?

—No, vida mía.

—En este caso puedes confiarlo a la que quiere ser toda su vida su amiga más fiel, más amante.

—La pobre Genoveva teme no tener decididamente la vocación que hace que una muchacha se encuentre en el convento mejor que en parte alguna.

—Pues si teme no tenerla es que no la tiene. Y en este caso cuanto antes salga del convento mejor.

—Esto le he dicho y creo que la he persuadido... Pero luego se ha mostrado un tanto perpleja, y yo también; porque si sale del convento, no sabe adónde irá...

—Pues volverá...

Se detuvo comprendiendo que iba a decir una tontería... Enrique lo advirtió puesto que dijo en el acto:

—No puede volver al palacio porque no lo poseeremos, ni a Aspremont porque probablemente tampoco podremos conservarlo. Y lo que más nos apura es que no podemos saber de antemano qué hará mi padre, hombre activo, lleno de energía, de voluntad, de proyectos, de esperanzas... y temo que también de ilusiones... Se ha decidido, con gran satisfacción nuestra, a liquidar su situación tan embrollada y tan peligrosa; pero no se resigna a irse a algún rincón a vivir modestamente y en la ociosidad de lo poco que le quede..., si es que le queda algo...

Entonces querrá trabajar y se irá muy lejos...

—¿En qué te fundas para pensar así?

—En que sólo en el extranjero se encuentran colocaciones y sobre todo en que sólo allí pueden buscarlas los que no quieren que quienes les han visto ricos e influyentes presencien su decadencia.

—El trabajo no es una decadencia, sin embargo.

—Esto depende de las ideas de cada cual. Estoy seguro de que mi padre no se quedará en París.

—¿Y adónde irá?

—¡Quién lo sabe!

—Ahora comprendo. Tu hermana no puede ir a ese sitio desconocido adonde él irá y en las condiciones en que tal vez habrá de vivir; pero la solución es bien sencilla: vivirá con nosotros.

—¡Ah, Rolanda mía! Quería proponértelo.

—Y si yo no lo he dicho antes es porque esperaba a que me lo propusieras.

—Así será la dicha completa.

—Para los dos, Enrique mío.

—Para los tres... No quiero ocultarte nada; ¡previendo tu respuesta he hecho ya alguna indicación a Genoveva, que no desea otra cosa y es feliz, muy feliz, porque... ¡me quiere tanto! Yo también la quiero con toda mi alma... ¿Y no tendrás celos de este gran afecto?

—¡Oh, Enrique!

—Mi hermana y yo hemos vivido algo solos, algo descuidados por nuestro padre, que tenía otras muchas preocupaciones y esto hace que hayamos sido el uno para el otro todo lo que representa confianza, cariño, todo lo que constituye la familia con sus expansiones, sus caricias y sus consuelos.

Diciendo esto sus ojos se humedecieron.

—No, Enrique, acabaron las penas y verás como los tres...

—¡Oh, qué hermosa existencia!

—Además, está Claudio, de quien te olvidas, y que lo consigue todo. ¡Cómo que ha conseguido para nosotros lo que parecía más difícil, casarnos! Porque hétenos ya casados...

—Todavía no, Rolanda mía, pero muy pronto, sí.

—Pues bien; menos difícil será casar a Genoveva... Sí, ya verás cómo la casa con un excelente muchacho que él le buscará y que se hará querer mucho... tanto como otro que yo conozco... Y entonces seremos todos felices.

—Felices sí, pero ¡tan pobres!

—¿Y Claudio? ten confianza, te digo.

—La tengo. Después de todo él fué quien me encontró el empleo en Tebessa...

—¡Bah! Esto no es mucho... y luego es tan feo... Pero ya puedo decirte que te envié allí para probar te... Así me lo ha dicho, el monstruo..., pero mucho después... Para que hicieras un aprendizaje rudo, después del cual todo trabajo te parecería fácil y cómodo.

(Se continuará.)

EL CULTIVO DE LA CHUFA EN LA HUERTA DE VALENCIA. (Fot. de J. Cabedo.)



Fig. 1.—Arrancando las matas



Fig. 2.—Operación de golpear las matas sobre tamices de mimbres para desprender de ellas la tierra

Valencia es una región que bien merece el nombre de privilegiada de la naturaleza. Su clima templado, su cielo diáfano y azul y su tierra agradecida, son otros tantos dones maravillosos con que aquélla ha querido colmar este pedazo del territorio español, haciendo de él uno de los más bellos y más agradables de nuestra patria.

En su extenso litoral, la temperatura se mantiene suave y uniforme, siendo rarísimos los cambios bruscos de la misma, y esto hace que su suelo sea de una riqueza extraordinaria y que en él prosperen los más variados cultivos, todos ellos de gran producción y algunos verdaderamente importantes.

A esta riqueza del suelo contribuye poderosamente el sistema de riegos que hay en la provincia y que está representado por una extensa y admirablemente construída red de canales y acequias, algunos de ellos procedentes del tiempo de la dominación árabe, pero los más importantes ejecutados después de la reconquista de aquel reino.

Y no poco contribuye también, si no a la riqueza natural del suelo, a su debida explotación, el modo de ser de la población agrícola de Valencia. El labrador valenciano es activo, laborioso, perseverante en su trabajo; ama con pasión la tierra que lo sustenta, y este amor se transmite de padres a hijos, formando, por decirlo así, una casta agrícola que no perdona sacrificio ni esfuerzo alguno para sacar de la tierra todo cuanto ésta puede dar, pero que al

labrador, ofreciéndole abundantes cosechas y permitiéndole que de ella obtenga los más deliciosos frutos.

Entre los cultivos más importantes de la huerta de Valencia figuran el del naranjo y el del arroz, ambos de considerable rendimiento y el primero una de las principales fuentes de exportación al extranjero, especialmente a Inglaterra y Francia.

Otro cultivo de gran importancia en aquella huerta es el de la chufa, hasta el punto de que a la zona que forman los pueblos de Alboraya, Benimaguet, Meliana y Almacera, es decir, todos los que están a la derecha de la ciudad de Valencia, se la suele designar con el nombre de «*la terra de los chufos*».

La chufa es una tuberosidad, a manera de nudo, del tamaño de un garbanzo pequeño, de figura ahovada y con fajas puestas unas encima de parte de las otras, que se halla en la raíz de

Se come cruda, pero principalmente se usa en horchata como refresco.

La plantación de la chufa se efectúa en el mes de mayo y para que la planta prospere es preciso que aquélla se haga en tierra finísima y de mucho regadío. En estas condiciones el cultivo da excelentes resultados.

Cuando llega la época de la recolección, fórmanse grupos de hombres a los que se da el nombre de escuadras y cada uno de los cuales va capitaneado



Fig. 3.—Lavando la chufa en las acequias



Fig. 4.—Selección de la chufa

mismo tiempo la cuida, la mimra, para que siempre sea su providencia. Y la tierra, agradecida a estos mimos, a estos cuidados, recompensa los afanes del

una especie de juncia. Es rojiza por defuera y blanca por dentro y tiene un sabor dulce y sumamente agradable.

por un jefe. Primeramente atan uniformemente, en línea, la juncia y luego con azadas se arrancan las ligazas (fig. 1). Después se recogen estas matas y se golpean sobre tamices de mimbre a fin de desprender la tierra de las plantas y de que quede únicamente la chufa (fig. 2). Hecho esto, las chufas son trasladadas al borde de una acequia y colocadas en banastas, las cuales se sumergen en el agua y se agitan a fin de que la chufa quede enteramente limpia de granos de tierra (fig. 3). Terminadas estas labores, no queda más operación que la de seleccionar las chufas. Este trabajo lo realizan las mujeres a la puerta de sus alquerías, separando cuidadosamente las chufas grandes de las medianas y extrayendo las piedrecitas que pudieran haberse mezclado con ellas (fig. 4).—C.

EL TRATADO FRANCO-ESPAÑOL RELATIVO A MARRUECOS. (Fotografías de Asenjo y Salazar.)

El día 14 de este mes reuniéronse en el ministerio de Estado el ministro Sr. García Prieto, marqués

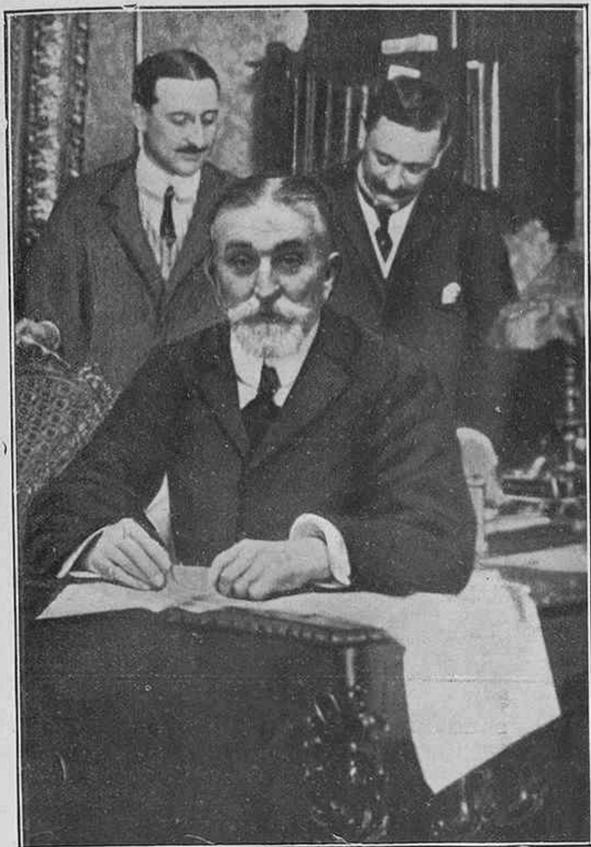
de él noticias bastante completas. He aquí algunas de sus cláusulas más importantes, según los informes referidos:

Para la zona española se creará un califato, cuya capital será Tetuán, en donde habrá un residente español con atribuciones idénticas a las del residente general francés. Se reconoce la independencia absoluta en la zona española de todas las iniciativas en materia de vías de comunicación de enlace con la capital, ferrocarriles y demás servicios. Se otorga a España el derecho de opción para tomar parte en el empréstito ma-

Marruecos y que arrancan de la guerra de 1860; pero si se tienen en cuenta las posiciones que respectivamente ocupan España y Francia en la política internacional y lo que en ésta pesan una y otra, se verá que nuestro gobierno ha sacado el mejor partido posible de las negociaciones.

El nuevo tratado ha sido, en general, bien acogido en Francia y un periódico tan autorizado como *Le Temps*, después de comentarlo extensamente, termina su artículo con el siguiente párrafo:

«Estas son las disposiciones esenciales del acuerdo: son razonables y precisas. Se ha querido no de-



El embajador de Francia Sr. Geoffray rubricando el tratado ante el ministro de Estado español Sr. García Prieto, marqués de Alhucemas, y el subsecretario del ministerio Sr. Hontoria.

de Alhucemas, y el embajador de Francia en España Sr. Geoffray, y procedieron a rubricar el tratado franco español relativo a Marruecos.

El acto, a pesar de toda su importancia y trascendencia, se efectuó sin solemnidad alguna, porque el Sr. García Prieto quiso respetar la memoria del Sr. Canalejas, que de una manera tan personal y tan activa había intervenido en las negociaciones.

Largas y difíciles han sido éstas y aun ha habido durante ellas momentos en los cuales pudo temerse una ruptura que habría podido determinar graves conflictos; afortunadamente, empero, la buena voluntad de los gobiernos francés y español permitió allanar todos los obstáculos y llegar a una solución que seguramente dejará arreglada de un modo definitivo la cuestión de Marruecos.

Mucho, muchísimo, han contribuido a este resultado satisfactorio el talento, la energía y la perseverancia del ministro Sr. García Prieto y del subsecretario del ministerio de Estado Sr. Hontoria. Por esto son justísimos los elogios unánimes de que han sido objeto y que les habrán compensado de la ímproba labor llevada a cabo y de las amarguras que en más de una ocasión debieron oprimir su ánimo, aunque no hacerles desfallecer de sus levantados propósitos y de sus patrióticos esfuerzos.

En el momento en que escribimos estas líneas, no se conoce todavía el texto oficial del tratado; esto no obstante, por autorizados informes se tienen

Mapa de la nueva zona de influencia española en el Norte de Marruecos. La línea de cruces que partiendo del río Muluya termina en el Atlántico, señala el límite de dicha zona, según el tratado



roquí exigido para la reorganización de los servicios del imperio y para satisfacer los gastos que ocasione el tabor de policía, y se le concede el 12 por 100 de los ingresos por el impuesto de tabacos y sobre los productos de los puertos de Tetuán y Larache.

En cuanto a la extensión de nuestra zona de influencia, resulta algo más reducida que la que se nos reconoció por el tratado de 1904 y de la cual se han segregado un trozo al Sur de Larache, de unos 200 kilómetros cuadrados de superficie, y otro, de unos 1.000 kilómetros cuadrados, que abarca el territorio comprendido entre la margen Sur del río Uarga y su divisoria con el río Sebú y entre la margen Norte del mismo río y las alturas inmediatas. En el adjunto mapa está perfectamente marcada la zona de influencia española por la línea de cruces.

Ciertamente que, en la cuestión territorial, España no obtiene todas las ventajas a que le daban derecho los inmensos sacrificios que lleva hechos en

jar nada al azar y parece que se ha logrado. Nos complacemos en rendir homenaje al espíritu de conciliación que ambas partes han demostrado en la legítima defensa de sus intereses opuestos. Los pueblos, como los individuos, se aprecian más después de una discusión concreta, que estableciendo acuerdos ambiguos. Francia y España han cumplido el deber que a cada una de ellas se imponía; les queda tan sólo por sacar la moraleja de esta larga historia y recordar que desde hace diez años se ha podido medir en su intimidad el resultado de sus políticas respectivas en Marruecos y han podido darse cuenta de las garantías que hallará esta intimidad en una situación nueva y en cumplir sus antiguos compromisos no sólo con corrección, sino con cordialidad. De este modo se llevará adelante la gran obra de civilización que han emprendido en el imperio jerifiano, y así se estrechará la leal amistad que les aconsejan la vecindad, la comunidad de intereses y la solidaridad de sentimientos.»

VINO Y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal



EL JARABE DE DUSART se prescribe a las nodrizas durante la lactancia, a los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y a las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Reino de Sajonia.
Technikum Mittweida.
Director: Profesor A. Holzt.

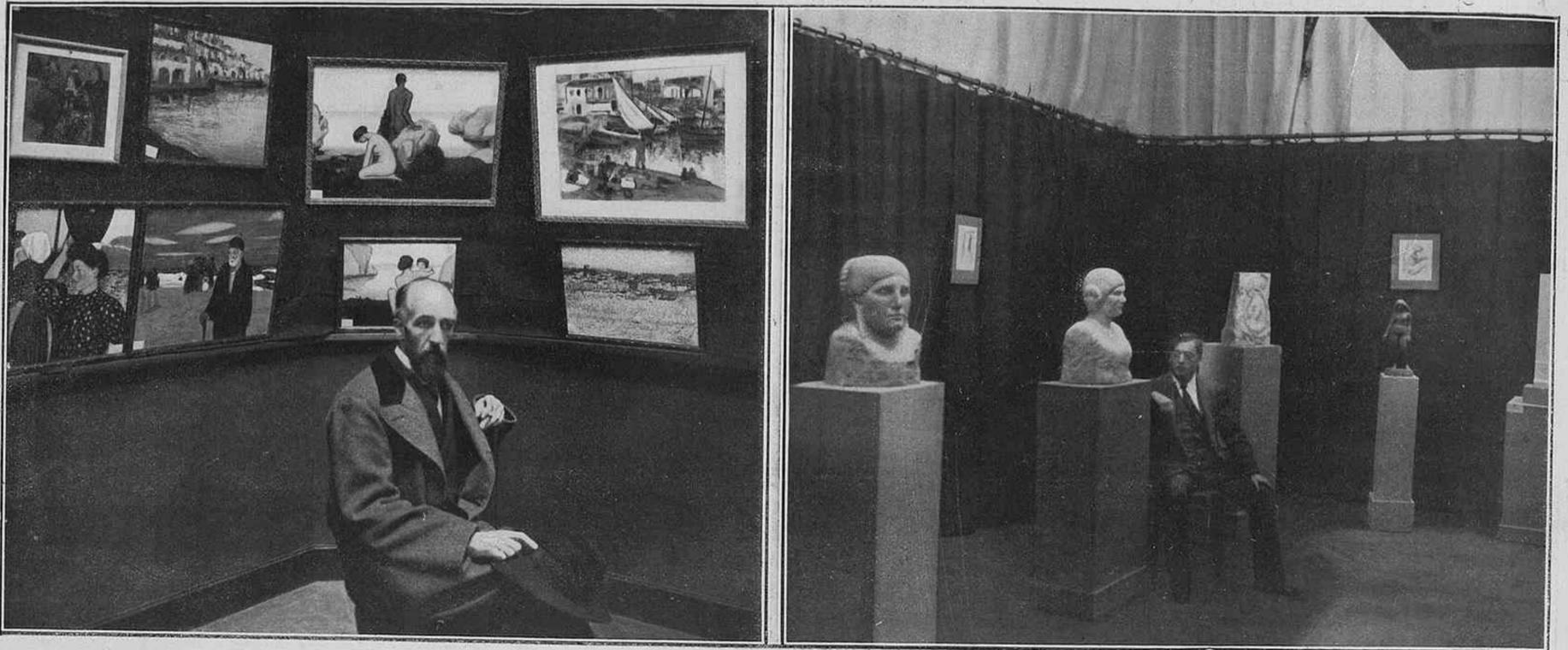
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaria.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simón, editores. — Aragón, 255, BARCELONA

BARCELONA.—EXPOSICIONES DE BELLAS ARTES
SALÓN PARÉS: ESTRANY, MARQUÉS.—SALÓN DEL FAYANS CATALÁ: PICHOT, CASANOVAS



Salón del Fayans Catalá.—El pintor Ramón Pichot y algunos de sus cuadros.—El escultor Enrique Casanovas y algunas de sus esculturas
(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Salón Parés.—Rafael Estrany ha expuesto una colección de veintidós aguas fuertes, reproducciones de edificios, paisajes de La Granja, Segovia, Granada, Burgos, Salamanca, La Roca, Caldetas, Vilasar de Dalt, Argenton, Mataró, París y Versalles. En todas ellas demuestra el artista grandes condiciones para el cultivo de esta especialidad del grabado y al propio tiempo su empeño en acentuar el carácter de los lugares reproducidos, lo que logra en la mayoría de los casos. Una de las cualidades salientes de las aguas fuertes del Sr. Estrany es la facilidad de ejecución, avalorada por un perfecto conocimiento de la técnica.

Por primera vez ha exhibido en público sus obras el joven pintor Sr. Marqués y Puig, hijo del reputado artista y estimado y antiguo colaborador nuestro D. José M.^a Marqués. En sus cuadros se revelan excelentes aptitudes para el arte a que se ha dedicado, pues tienen bastante solidez y expresión, observándose, además, en ellas facilidad técnica, cualidades que permiten concebir halagüeñas esperanzas sobre el novel artista.

Salón del Fayans Catalá.—Dos artistas verdaderamente notables y ambos muy ventajosamente conocidos por el público y consagrados por la crítica, el pintor Ramón Pichot y el escultor Enrique Casanovas, exponen en este salón.

Después de algunos años de alejamiento, durante los cuales sólo de cuando en cuando nos ofrecía alguna obra aislada, como la que presentó en nuestra última Exposición Internacional de Bellas Artes, Pichot reaparece con su personalidad más acentua-

da que antes, si cabe, definitiva, por decirlo así. Su aparente descanso no ha sido para él un período de



San Francisco hablando con el lobo, cuadro de Marqués y Puig (Salón Parés.)

reposo y de descuido del arte con tanto entusiasmo emprendido; ha sido, por el contrario, un período

de estudio cuyos frutos han podido admirarse en su exhibición en el Salón del Fayans Catalá.

Más de cincuenta cuadros constituyen esta exposición, la mayoría de ellos inspirados en temas de la costa mediterránea, y en todos se admira la identificación intensa del artista con la naturaleza que en los lienzos reproduce.

Son obras llenas de vida, de verdad, hondamente sentidas, vistas tanto con los ojos como con el alma; son cantos hermosos a paisajes, a costumbres de nuestra tierra.

En cuanto a la técnica, bien puede afirmarse que Pichot, lo mismo en los pasteles que en las pinturas al óleo, ha llegado al completo dominio de ella, atrayendo como siempre la atención la brillantez de su colorido. En donde mejor se advierten sus aptitudes técnicas es en los cuadros de naturaleza muerta, algunos de los cuales son realmente obras notables.

Entre los cuadros más notables que expone Pichot citaremos *La siesta*, *La sardana*, *La procesión*, *La edad de piedra* y *Taza verde*.

También Enrique Casanovas afirma su personalidad en las ocho obras que en el citado salón expone, revelando un visible adelanto sobre las que exhibió hace próximamente un año.

Enamorado de las formas clásicas, esta predilección se manifiesta así en los bustos *Cabeza de estudio* y *Eva*, como en los relieves *La danza* y *El baño*.

Esta última escultura, hermosa pieza esculpida en mármol, es una obra decorativa bellamente concebida y ejecutada con corrección exquisita.

INNSBRUCH, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Bono y conserva el outis limpio y terno
Casa CANDÈS
B^o St-Denis, 46

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS REYES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

CESAR Y MINKA
Criadero y comercio de perros de casta, ZAHNA (Prusia) recomienda
Los más notables perros de casta
PERROS DE GUARDA, DE LUJO Y DE COMPAÑIA así como todos los PERROS DE CAZA, desde el grande DOGO DE ULM y el PERRO DE MONTE hasta el más pequeño PERRITO FALDERO. Lista de precios ilustrada gratis. ENVÍO A TODAS LAS PARTES DEL MUNDO Y EN TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. — GRAN EXPOSICIÓN PERMANENTE EN LA ESTACIÓN FERROVIARIA DE ZAHNA.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN